


CAPÍTULO XIV.

LA REINA DE LOS MÁRTIRES.

ASAMOS á examinar una de las más gloriosas é importantes fases de la vida de la Purísima Virgen María: sus dolores; fases que nos revelan en toda su grandeza el poder admirable de la gracia, y las maravillosas y excellentísimas virtudes de nuestra Señora. Y en cuanto á la importancia de los misterios que examinamos, en ellos descubrimos el origen de nuestra grandeza, la razón de nuestras esperanzas, y el alivio y consuelo para todas las necesidades de la vida.

Al contemplar la inocencia original de nuestra Niña, la delicadeza de su sexo, el ternísimo cariño que Dios le ha dispensado en todas ocasiones, ¿podiera creerse que alguna vez llegaríamos á verla envuelta entre las espumosas olas de un torrente de penas y dolores, ó bien bajo negras y pesadas nubes que la más horrorosa tempestad amontonaba sobre su cabeza, donde el estampido aterrador del trueno y la pálida luz de los relámpagos harían estremecer su corazón? ¿Quién pudiera colocar á la tierna y delicada Niña, á la Hija muy amada del Eterno, en medio de escenas tan terribles, en un teatro de dolor inmenso? ¡Oh, profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la

ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapeables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor? O ¿quién fué su consejero? (1). Vemos verdaderamente que los pensamientos del Señor no son los pensamientos de los hombres, ni los caminos de éstos son los del Altísimo (2). María, entre las ondas del torrente de que hablamos, y bajo el furor de la negra tempestad, recibe una de las más grandes pruebas del amor que Dios la tiene: si el Señor se hubiera retirado del sitio donde tiene que sufrir aquella Madre, entonces sí, llenos de amargura, le preguntaríamos: ¿Dónde está tu Dios, el consolador de tu alma? Y sus dolores no tendrían remedio; pero el Señor marcha entre tempestades y torbellinos (3); y en medio de ellos sostiene á nuestra tierna Niña; y cuando ha pasado el tiempo de la prueba, contemplamos su divina frente, iluminada con los rayos de una gloria purísima y hermosa: la gloria del martirio.

Mas antes de todo esto, tenemos que atravesar por tristísimas regiones, cubiertas de tinieblas, y donde el corazón queda oprimido de dolor, y los ojos derraman triste llanto: ¿quién, efectivamente, no ha llorado al contemplar las amarguras y dolores de María? ¿Cuál es el corazón que no ha exhalado á lo menos un gemido, que le arranca el amor, de lo íntimo del alma? ¿Quién, al meditar las penas de María, no recuerda que Ella es la

(1) Rom., XI, 34.

(2) Isa., LV, 8.

(3) Nahum., I, 3.

tierna Madre que el Señor le ha dado, y él es el hijo que ha nacido de su seno, en medio de las penas y dolores que medita? Hé aquí los sentimientos que llevamos al subir la colina del Calvario: no somos extraños como los gentiles, ni menos enemigos como los judíos que asistieron á la muerte del Señor. Cerca, muy cerca estamos de María; si llora, veremos sus lágrimas purísimas, recogeremos los suspiros que exhale su tierno corazón; y si está firme al pie de la cruz de Jesucristo, allí también con Ella, sus hijos estaremos firmes.

Levantemos los ojos al Divino Salvador que pende en el madero de la cruz: nadie jamás ha comprendido la inmensidad de sus dolores: éstos fueron sensibles é interiores (1): en cuanto á los primeros, Su Majestad sufrió terriblemente: contra Él se conjuraron los gentiles, los judíos, los príncipes y el pueblo, sus familiares y sus conocidos. Padeció en sus amigos que lo abandonaron, en su fama, en su honor y gloria, en las cosas que le pertenecían; fué despojado aun de sus vestidos: su alma estaba llena de tedio, tristezas y temores; su cuerpo herido y desgarrado. Para cada uno de sus miembros hubo un especial tormento: para su cabeza, las espinas; para las manos y los pies, los duros clavos; para su divino rostro, las bofetadas y salivas, y para todo su cuerpo, los azotes. Asimismo, todos sus sentidos tuvieron que sufrir: el gusto, el vinagre y la hiel; el olfato, el hedor que exhalaba el Calvario; el oído, las blasfemias y bur-

(1) D. Th., 3 p., q. XLVI, a. 6, in corp.

las que decían contra Su Majestad; la vista, á su Madre y al discípulo fiel que lloraban; y por último, el tacto, los azotes, los clavos y espinas.

La muerte de cruz es muy acerba, porque los pies y las manos que traspasan los clavos, son muy sensibles; y el peso del cuerpo, por instantes aumenta el dolor; dolor que se prolonga en medio de crueles angustias (1).

La causa de la pena interior de Jesús fué el pecado del hombre, que venía á borrar con su sangre, tomando cual suya la culpa. Aquí no podemos medir la grandeza de dolor tan inmenso. Es la misma inocencia Jesús; aborrece con odio infinito el pecado; si bajó de los cielos, fué á concluir con su imperio funesto; sus palabras, sus obras y toda su vida, estuvo no más consagrada á destruirlo y á fundar el imperio de Dios; ¿cuál sería su terrible dolor al sentirse vestido de una carne semejante á la carne del pecado, y hecho víctima por el mismo pecado (2), y exclamar con David: «Los gritos de mis pecados, ¿alejan de mí la salud»? ¿Qué viene á ser la misma muerte con todos sus horrores, comparada á la terrible angustia que causan en el alma del Señor nuestras maldades, que el Padre ha puesto sobre su cabeza? Y al volver los ojos á los cielos, y descubrir la indignación de Dios contra el pecado, y luego contemplar que Él es quien responde por todos los crímenes del mundo, queda sumergida su alma en un piélago de insondable amargura.

(1) D. Th., cit. a. 5.

(2) Rom., 8, 13

La ruina de la santa ciudad, la dispersión y pérdida de los judíos, el abandono de sus discípulos, escandalizados en su pasión; la desgracia eterna de los pecadores y el poco fruto, en fin, de sus padecimientos, atormentaban sobre manera al Hombre Dios, ya próximo á la muerte. Si Su Majestad vuelve los ojos sobre sí mismo, contempla la pérdida de su inocente vida, pérdida horrible á la naturaleza humana.

La grandeza de los dolores de Jesús corresponde á la perfección de su alma y de su cuerpo: aquélla tiene delante todas las causas que la envuelven en la tristeza más profunda; y el cuerpo, que era de perfectísima complexión, milagrosamente formado por el Espíritu Santo, siente con viveza la terribilidad de todos sus dolores.

La razón y los consuelos interiores suelen mitigar la tristeza y las penas que sufrimos; mas el Divino Salvador no pone semejante dique al torrente de dolores que lo inundan; más bien los deja obrar según toda su fuerza.

Aun hay otro amargo y abundante manantial de los dolores de Jesucristo en su pasión: sus padecimientos fueron voluntarios, y tomados para librar á los hombres del pecado, y por lo mismo, en proporción á éstos, y correspondiendo al fruto inmenso que pedía la Redención (1). Los pecados de los hombres, ¿quién sabe su espantoso número? ¿Quién ha pesado su enorme gravedad? «¿Quién ha contado, decía el Eclesiástico, las arenas del mar, las gotas de la lluvia, los días de los si-

(1) Rom., a. VI.

glos» (1). Siéntese oprimido tristemente el corazón al pensar en esto; desde el Oriente al Ocaso, del Septentrión al Mediodía y á todas horas, es blasfemado el nombre santo de nuestro querido Padre. Y sin embargo de este sentimiento que desgarrá el alma, nosotros no sabemos lo que es el amor de hijos, si levantamos los ojos á Jesús, el Unigénito del Padre, á quien ama con inmenso y soberano amor. La angustia llega al colmo en su triste corazón, al pensar en las ofensas del Eterno.

En cuanto al fruto del divino sacrificio, Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (2). Lavar á todos los hombres de sus crímenes, abrirles las puertas del Paraíso, hacerles hijos de Dios.... Ciertamente es que una gota de la sangre de Jesús es bastante para obrar tan grandes maravillas; mas Dios quiere que la redención sea copiosa, y por esto derrama el Salvador toda su sangre y muere cercado de agudísimos dolores.

Volvamos ahora los ojos á María ¿En dónde estabas, ¡oh Señora mía! en dónde estabas? ¿Acaso únicamente cerca de la cruz? También te hallabas en la misma cruz, crucificada con el Señor; mas no está dicho todo, porque Él sufría en el cuerpo mientras Tú en el alma; y las heridas de Jesús, que estaban repartidas por sus miembros, se hallaban juntas en tu triste y afligido corazón, el cual fué pasado con la lanza, coronado de es-

(1) I, 2.

(2) I Tim., II, 4.

pinas, lleno de oprobios y de afrentas; y gustó el vinagre y la hiel en el seno de Jesús. ¡Oh Señora! ¿Por qué has subido la colina del Calvario para ser inmolada por nosotros? ¿No bastaba la pasión del Hijo, si no era al mismo tiempo clavada en la cruz la inocente Madre? Corazón lleno de amor, ¿por qué te has convertido en un inmenso mar de penas y dolores? Señora, yo veo tu corazón y no descubro en él sino la mirra, el ajeno y la hiel. Busco á la Virgen purísima y no hallo sino azotes, salivas y heridas; en todo lo cual se ha convertido nuestra querida y santa Niña (1). ¡Oh, llena de aflicción! ¿Qué hiciste? ¿Por qué llenaste de amargura el vaso de la más hermosa santidad? ¿Por qué no te contuvo el virginal recato, el horror del crimen, las blasfemias de los malvados? No pensaste en estas cosas, porque tu corazón no estaba en Ti, sino en la aflicción de tu Hijo, en las heridas de tu Primogénito, en la muerte del Amado de tu corazón (2).

Hé aquí, pues, el punto de vista bajo el cual tenemos que contemplar los dolores de nuestra Señora, y veamos desde luego que brotan de su seno, como caudalosos ríos, siete fuentes de amargura, que por todas partes la rodean y sumergen en sus ondas.

La Santísima Virgen era de imaginación viva y ardiente y de una inteligencia vasta y despejada; inteligencia que de continuo te recibía la más pura y espléndida luz de los cielos. Ella, por

(1) D. Bonav. Stim, Amor, I par., c. 3.

(2) Idem id.

tanto, conocía clara y perfectamente todos los dolores del Señor; no se la ocultaba la más ligera circunstancia; por lo cual, desde las alturas infinitas de la grandeza y majestad del Verbo, iba descendiendo nuestra Niña, hasta llegar al triste Gólgota, donde estaba el Hijo de Dios muriendo entre facinerosos, y en un madero infame. María conoce el amor, las alabanzas, las bendiciones, la gratitud y la acción de gracias que reclama de los hombres la eterna grandeza y majestad de Dios. Ella, por su parte, así lo ha hecho: ha rendido ese tributo que todas las criaturas debemos al Eterno; mas los hombres, los hombres que llenan el Calvario, ¿qué es lo que hacen? Blasfeman de la Majestad y consuman el más espantoso de los crímenes. Ved allí, pues, el inmenso dolor de la sensible y amorosa Virgen. Contempla las ofensas, oye los escarnios, escucha las blasfemias del hombre contra Dios. María le ama con ardiente y ternísimo cariño; quisiera dar su vida porque le amara el mundo entero y nunca blasfemase su sagrado nombre; y sin embargo, los que van y vienen le escarnecen y blasfeman meneando la cabeza y diciendo: «Tú que destruyes el templo de Dios y que lo reedificas en tres días, sálvate á Ti mismo bajando de la cruz.....; Á otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo. El Cristo, el Rey de Israel, desciende ahora de la cruz, para que seamos testigos de vista y lo creamos» (1). ¿Podrá imaginarse más agudo y penetrante dardo que el que atravesó el corazón de

(1) Marc., xv, 29-32.

nuestra tierna Madre al oír tales baldones? Quedó ese corazón oprimido cual si estuviera bajo la losa de un sepulcro, y no tiene que hacer sino gemir profunda y tristemente. ¡Ver á su amado Dios hecho el objeto de la burla y el desprecio de los hombres!.....

¡Cuán hermosa es en este punto la tierna compasión de nuestra Niña! El llanto que derrama lo recogen los ángeles del cielo y lo llevan en sus copas de oro al trono del Señor, mas ¿qué decimos? El llanto de María únese á las lágrimas que vierte Jesús en el Calvario, y Su Majestad lo presenta á su Divino Padre.

Hé aquí otra fuente de dolor de nuestra querida Madre. Era Jesús la inocencia y la pureza misma; y sin embargo, había sido despojado de sus vestidos y expuesto así á las miradas de un inmenso pueblo. Dios, que viste la flor del valle y el lirio de los campos, no tiene ya con qué cubrirse, pues los soldados dividieron entre sí sus vestidos y han echado en suerte su sagrada túnica. ¿Por qué no le cubres con tu amor, Sagrada Niña? ¿Por qué no extiendes tu manto ó arrancas el velo de tu frente para impedir á Jesús aquel tristísimo sonrojo? Bien quisieras hacerlo, mas no se te permite.

¿No serán bastantes, por ventura, para redimir al hombre, los dolores y la muerte de Jesús, sino que es indispensable que sienta la afrenta y el sonrojo de una triste desnudez? ¿Por qué los serafines que en otro tiempo vió Isaías, no cubren con sus alas el cuerpo de Jesús, cantando con esforzada voz: «Santo, Santo, Santo, el Señor Dios

de los ejércitos: llena está toda la tierra de su gloria?» (1). No es éste el momento en que Jesús descubra el esplendor de su grandeza y majestad, sino el tiempo de sus padecimientos, en el cual aparece humillado y confundido como un leproso, como un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe. Por lo mismo, que los ángeles de la paz más bien lloren con amarga pena; dejen un instante sus salterios de oro y acompañen el llanto de María.

Mas la desnudez de Jesucristo, por otra parte, permite á la Sagrada Virgen contemplar al descubierto todas sus heridas. ¡Ah, qué terrible vista para el corazón de nuestra Madre! Cada una de esas llagas cáusale profundo y vivísimo dolor: si contempla las manos de Jesús, esas manos que obraron tantas maravillas, que repartieron tan grandes beneficios á los hombres, que á Ella misma la colmaron tantas veces de divinas bendiciones; esas manos están atravesadas con agudos clavos y sufren grandísimo tormento y le causan un dolor muy vivo. Si levanta los ojos la afligida Reina y contempla la cabeza del Divino Redentor, la ve coronada con espinas; triste corona que le da la ingratitud de los mortales; la frente de Jesús, donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (2), que revelaba con serena y adorable majestad la grandeza del Eterno, cubierta está de sangre; aquellos ojos hermosos y tan puros, están hundi-

(1) VI, 3, 4.

(2) Coloss., II, 3.

dos y casi ya sin vista; el rostro está desencajado, afilada la nariz, la cabeza inclinada sobre el pecho, llenos de sangre los cabellos, sumido el vientre, yertos los brazos y las piernas, y todo lo restante de su cuerpo cubierto de llagas y de sangre (1). ¿Cómo pudiste ¡oh tierna y afligida Virgen! contemplar en tal estado el cuerpo de Jesús y quedar con vida? La omnipotencia del Señor se la conserva para que pueda recoger el último suspiro de la Sagrada Víctima. Y no puede ser de otra manera, pues era tan grande el dolor que causaban en el alma de María los padecimientos del Señor, que dividido entre todos los mortales, á todos éstos dejaría sin vida (2).

Ved aquí otro de los motivos por qué sufrió nuestra Señora tan gran dolor en el Calvario: Jesús, el autor de la vida, no merecía la muerte. En otro tiempo dijo el Señor á los judíos: «Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?» (3). Al presente, los enemigos del Señor no le apedrean; lo tienen ya crucificado; y esto después de otros muchos beneficios, á más de aquellos á que se refirió Su Majestad en la ocasión ya dicha; y sin embargo, hoy no sale de sus divinos labios una palabra que reclame su injusticia. Y María contempla la inocencia y admirable mansedumbre de Jesús, en medio de los dolores más amargos y sensibles. ¿Qué consuelo puede

(1) Stæ. Birg., Revel. L. 1, C. 19.

(2) D. Bernardín., Sermon. 61.

(3) Joann., X, 32.

haber para el Señor, para la triste y afligida Virgen, cuando la misma inocencia y mansedumbre que rebosa el corazón de ese Dios agonizante, aumentan sus dolores? Los ladrones que estaban crucificados con Jesucristo, parece que tenían algún consuelo, pues decía uno de ellos: «Estamos justamente en el suplicio, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero Jesús ningún mal ha hecho» (1). Tal consuelo no puede convenir á Jesucristo, ni tiene lugar respecto de María.

¿Qué será, pues, ¡oh Virgen Santa! lo que pueda aliviar vuestros dolores? Tenéis, por tanto, que exclamar con el Profeta Rey: «Vuelve, oh Señor, hacia mí tu vista, y ten compasión de mí. Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado; líbrame de mis congojas. Mira mi humillación y mi trabajo.... Los inocentes y justos se han unido conmigo, porque yo esperé en Ti» (2). Hé aquí lo único que puede consolaros: vuestra unión con el Santo de los santos, que derramáis en su seno vuestras lágrimas, y ahoguéis en sus entrañas los gemidos que os arranca el sufrimiento.

Hemos dicho que María podrá tener consuelo en su admirable unión con Jesucristo, confundiendo sus dolores en un mismo padecer. Cierto es, realmente, que el amor en medio de sus penas queda satisfecho y descansado si puede estrechar entre sus brazos el objeto que ama; porque él es superior á todas las desgracias, y paga con usura,

(1) Luc., XXIII, 41.

(2) Ps. XXIV, 16, 21.

con sola una sonrisa de sus labios, cuanto tenemos que sufrir por él; esto acontece, sin embargo, cuando se trata de la propia desventura; mas no cuando padece aquel á quien amamos; porque entonces es el corazón herido en lo más vivo; la espada del dolor penetra hasta su fondo y nos hace derramar lágrimas de sangre. Hé aquí, por tanto, otro manantial abundantísimo del dolor de la inocente Virgen. Cierito es que Ella nos dice: «¡Oh, vosotros cuantos pasáis por el camino, atended y considerad si hay dolor semejante á mi dolor!» (1). Mas ¿quién causa ese dolor? Bien lo sabemos: María, olvidada enteramente de sí misma, contempla los padecimientos de Jesús; su vista se detiene tristemente en todas sus heridas, y va en ellas descubriendo los inmensos sufrimientos de la Santa Víctima. Embriágase con el cáliz de amargura, y lo bebe hasta las heces. Esa unión admirable y estrechísima la deja como perdida en Jesucristo; uno solo es el corazón de entrambos; y los miembros de Jesús son como los propios de la Santa Virgen (2). Por esto, cuanto siente el Divino Salvador en su sagrado cuerpo, igualmente lo padece el alma de María; y no sólo esto, sus penas interiores, la profunda tristeza que lo envuelve, el horror infinito del pecado, aquella humillación en que se halla sumergido bajo el peso de los crímenes del mundo, aquel tormento, en fin, que sufre Jesucristo al contemplar la indignación del Padre; todo esto, decimos, rodea y

(1) Lament. Hierem., I, 12.

(2) Rev. Stæ. Birg., L. I, C. 35.

opreme é inunda en las aguas de amarguísima tribulación á nuestra tierna y afligida Niña. ¡Oh, con cuánta razón podemos decir con el Profeta: «Inconsolable llora la Hija de Sión toda la noche, é hilo á hilo corren las lágrimas por sus mejillas!» (1). Y volviéndonos á María, podemos decirle con verdad: ¿Con quién te compararemos, ¡oh Hija de Jerusalén! ¿A quién te igualaremos á fin de consolarte, ¡oh Virgen, Hija de Sión! Porque grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién podrá remediarte? (2).

Dios mismo es quien llena de amargura el corazón de María; Él es quien lo embriaga de ajeno. Jesús padece terribles dolores en el cuerpo, angustias y aflicciones en el alma; tan grandes, que el hombre no las puede comprender; pero Jesús es Dios, y si bien en el patíbulo sufre todo el rigor de los tormentos cual si fuera nada más que hombre, con todo, en esas manos clavadas en la cruz tiene un poder infinito. Allí está escondida su fortaleza (3); pero la tierna y delicada Niña no tiene ese poder, pues es nada más una criatura purísima y elevada sobre todas las restantes; pero sin embargo, por sí misma no puede resistir ese inmenso peso de dolores que la oprimen. El abatimiento, pues, penetra más honda y tristemente en su alma santa, que no puede presentar contra el dolor, como última barrera, la resistencia de su propia fortaleza. Es débil, y por tanto, las con-

(1) Thren., I, 2.

(2) Idem, II, 13.

(3) Habac., III, 4.